

MOMENTOS ISLA

Introducción. “Los momentos isla ocurren de repente, normalmente cuando estamos rodeados de mucha gente y no tenemos nadie conocido a la vista. Algo se activa que ensordece la escena y, en el silencio que nos envuelve, nuestra voz nos habla y nos describe lo que somos desde su peor versión. Es como si desde las profundidades de una caverna emergiera una especie de ser monstruoso armado con un espejo. El ser, al que no distinguimos, pero nos resulta familiar, se planta ante nosotros y nos pone el espejo delante para mostrarnos un plano de nosotros que reconocemos enseguida, porque es el mapa detallado de nuestras inseguridades. El impacto ante lo que vemos es de tal magnitud que lo que llega a continuación son unas ganas terribles de escondernos y desaparecer, de que pase algo, lo que sea, y dejemos de estar en el sitio equivocado en el peor momento posible”.¹

De esta manera tan gráfica describe Alejandro Palomas uno de los momentos más comunes a la hora de explicar que es la soledad, el enfrentarnos a nuestros miedos, a nuestros demonios, al miedo, al rechazo. Les podemos llamar de manera diferente: bloqueos, ansiedad, angustia, timidez, pero describe ese estar equivocados, desajustados, inadaptados, lo contrario a estar en casa.

Lo que Dios nos dice. *“A los judíos que habían creído en él, Jesús les dijo: Si os mantenéis fieles a mi palabra, seréis realmente discípulos míos, entenderéis la verdad y la verdad os hará libres. Le contestaron: Somos del linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Por qué dices que seremos libres? Jesús les contestó: Os aseguro que quien peca es esclavo; y el esclavo no permanece siempre en la casa, mientras que el hijo permanece siempre. Por tanto, si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres. Jn 8,31-36.*

Los «momentos isla» son lo contrario a estar integrados, y si somos sinceros, muchos de nuestros días esconden esa extraña sensación de estar desencajado, fuera de sitio, como un extraño, cuando lo más propio sería estar en casa y disfrutar de todo lo que diariamente se nos regala para poder disfrutar. Por eso es necesario aprender y recorrer los caminos que nos introducen otra vez en el hogar, en ese dialogo íntimo, con aquel que nos ama que nos llama amigos. Y que nos devuelve la seguridad del valor de cada una de nuestras vidas. No valgo por lo que los demás valoran de mí, por sus opiniones favorables, o de rechazo. El valor de lo que soy se esconde en lo que me define, en lo que me constituye. Soy hijo, existo por el deseo de Dios de darme la vida, la mía, la concreta, con todas sus luces y sombras, y por su deseo, por su amor, de mantenerla, de cuidarla, de protegerla.

“Y no habéis recibido un espíritu de esclavos, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos permite clamar Abba, Padre. El Espíritu atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios, coherederos con el Mesías; si compartimos su pasión, compartiremos su gloria. Estimo que los sufrimientos del presente no tienen proporción con la gloria que se ha de revelar en nosotros”. Rom 8,15-18.

Nos asusta enfrentarnos a ambientes desconocidos, a lo nuevo, donde nos sentimos inseguros, desprotegidos, porque tememos no estar a la altura de lo que se espera de nosotros. Ese espejo de la exigencia que nos hace nunca descansar, nunca relajarnos, siempre estar alerta, es profundamente agotador. Desde dentro de nosotros, la fe, la presencia del Dios de la vida, nos va conformando como a Hijos, y nos hace vivir la confianza de quien no teme, porque se sabe acompañado, seguro afianzado en una roca sólida.

“El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré? El Señor es baluarte de mi vida: ¿de quién me asustaré? Cuando me atacan los malhechores para tragarme vivo, ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen. Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no teme; si entran en batalla contra mí, aun así, yo confío. Una cosa pido al Señor, es lo que busco: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida; contemplando la belleza del Señor, observando su templo. Él me guarecerá en su cabaña a la hora del peligro; me esconderá en lo escondido de su tienda, me alzaré sobre la roca. Entonces levantaré la cabeza sobre el enemigo que me cerca. Escucha, Señor, mi voz que te llama, ten piedad de mí, respóndeme. Buscad mi rostro. Mi corazón dice: Yo busco tu rostro, Señor, no me ocultes tu rostro. No apartes con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me rechaces, no me abandones, Dios de mi salvación. Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me acogerá. Indícame, Señor, tu camino, guíame por un sendero llano, pues me están espiando; no me entregues a la saña de mis rivales. Se levantan contra mí testigos falsos, acusadores violentos. Yo, en cambio, espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.” Sal 27.

Contemplar la belleza del Señor, observando su templo que somos cada uno de nosotros. Agradecer nuestras fortalezas y fragilidades. La humildad es reconocer nuestra verdad, y es cierto que tenemos límites. Reconocerlo libera, nuestro gran problema es que queremos disimular eso que no podemos o no sabemos. Queremos dar la imagen de autosuficiencia, de ser resolutivos, y lo que verdaderamente nos hace libres, es reconocer que necesitamos de los demás.

Cómo podemos vivirlo. Momentos isla es lo mismo que vivir aislados. Lo contrario es vivir conectados, enredados, en esa maravillosa red de personas que me acogen cada día, que se alegran de mi vida, que comparten los cansancios y fatigas, esfuerzos y fracasos. Levantemos la mirada y descubramos que nunca estamos solos, que hay una presencia que acompaña

¹ A. Palomas, *Un amor*, Planeta, Barcelona 2018.

nuestra historia y que está empeñada en hacernos bien. Dichosos si descubrimos el tesoro que somos, y que son los demás para nosotros.